

Capítulo 1

Juan Peiró

Esta es la historia de un hombre, un ser humano sencillo, una persona a la que el destino jugó una mala pasada, al que el azar cambió radicalmente en sus gestos, en sus acciones y en su forma de comportarse.

Juan Peiró García era un periodista deportivo con cierto renombre en su profesión. Respetaba la integridad del ser humano, contribuía con su forma de ser y con sus maneras de escribir y relatar a que sus críticas fueran aceptadas por todos. Su estilo como profesional de la comunicación era sencillo, no usaba vocablos rebuscados, escribía de manera llana. Cuanta más gente le entendiera, más y mejor habría escrito; así entendía la comunicación. Decía que el lenguaje sofisticado era para científicos y literatos, para eruditos y pensadores, para filósofos y universitarios. Opinaba que su público estaba formado por una mayoría de personas sencillas. La prensa la leía desde un doctor titulado por la más prestigiosa universidad hasta el más humilde peón, que por causas ajenas a su voluntad no había tenido la oportunidad de formarse y de culturizarse.

Se había especializado en el mal llamado deporte rey, en el masificado fútbol de élite, que más tenía de espectáculo que de deporte y donde importaba más la imagen, la apariencia y la ostentación de las superestrellas que el deporte en sí y los valores intrínsecos que lo acompañan. Un titular era más interesante cuando se hablaba de la vida privada de determinados jugadores que el hecho de que un

equipo o cualquier deportista logaran una determinada hazaña.

Cubría diariamente la información de un club puntero de la máxima categoría, aunque cada vez le dedicaba menos tiempo puesto que además ejercía de responsable dentro de la redacción del diario para el que ya llevaba varios años trabajando. Era lo que se denomina en el argot de la prensa y la comunicación, un jefe de sección, una especie de mando intermedio entre la cúpula directiva del diario y el siempre mal pagado ejército de redactores, en su mayoría anónimos para el gran público.

Todos los conjuntos de Primera División que no estaban ubicados en la capital tenían designado un equipo de redactores que diariamente mandaban información a la sede del periódico. Estos compañeros hablaban con nuestro protagonista sobre la actualidad de cada uno de los clubes de los que estaban encargados. Comentaban ideas acerca de los diferentes reportajes especiales que suelen ser habituales en la prensa escrita, así como de los aspectos que interesaban a los lectores en las noticias del día a día. Él, en una parte muy importante, era el responsable de lo que se publicaba o no, del espacio que había que destinar a cada equipo en función de las diferentes ediciones que el diario tenía y de otras muchas cosas que tampoco vienen a cuento explicar. Valoraba y decidía. Y lo que es más difícil en su profesión, era justo.

Como decía antes, era un buen periodista. Velaba por el interés de sus colegas, de sus lectores, de su empresa y todo ello, a veces, le resultaba difícil de compaginar. Estaba en medio de todos y a la vez era un islote solitario al que nadie valoraba en exceso y, al contrario, al que siempre acudían para solucionar los marrones que se producían en la redacción.

Juanito, como le llamaba todo el mundo, era el pequeño de tres hermanos y desde muy niño comprobó la rudeza de un orbe sin sentimientos. Supo convivir con el sufrimiento. Su hermano mayor, Andrés, era deficiente mental pero como casi todas estas personas, se trataba de un gran tipo con muy buen corazón.

Mi amigo tuvo que ver cómo su padre falleció cuando ninguno de los miembros de la familia contaba con ingreso alguno. Fue la propia vida la que le enseñó el significado de las palabras trabajo y sacrificio. Tuvo que ver a su madre luchar por mantenerles unidos en un Madrid, urbano y cosmopolita, que se acercaba a la modernidad igual que la juventud a los precipicios de la inconsciencia.

Se hizo adulto antes de lo que le hubiera correspondido.

Los valores que aprendía los escribía en un pequeño bloc de notas donde, a modo de diario, impregnaba todos sus sentimientos. Ese diario fue la semilla que acabó germinando en su alma y le convirtió en periodista.

Era, como antes he dicho, el pequeño de la casa, de carácter introvertido, o casi mejor dicho, tímido, pero muy cariñoso. No le gustaba molestar. Pasaba mucho tiempo al lado de Andrés, sin hablar. El cruce de sus miradas era todo lo que se podía percibir durante las largas horas que pasaban desde que llegaba del colegio hasta la hora de cenar. Esas miradas hablaban, versaban sobre los sentimientos de dos hermanos que se querían y que se ayudaban desinteresadamente. Podría escribir durante horas sobre aquellas miradas y conversaciones que tenían en el silencio su mejor testigo. Tuve el privilegio de presenciar algunas de ellas y puedo decir que eran profundamente apasionantes.

Aún recuerdo las lágrimas, como si fueran interminables manantiales salinos, surcando las mejillas de Andrés en el funeral de mi buen amigo. Siempre supimos de la bondad de Juan, incluso cuando su vida cambió de forma radical.

Pero volvamos al pasado.

Pasó el tiempo, la familia se fue estabilizando desde el punto de vista económico. Jorge, el segundo de los hermanos, ingresó en el Cuerpo Superior de Policía, especializándose en la investigación de crímenes, principalmente secuestros. Juanito encontró la oportunidad en un diario de prestigio internacional, tras haber pasado varios años escribiendo y colaborando en diferentes publicaciones de menor relieve.

A los treinta y dos años, Juan se casó con Patricia Núñez del Amo.

Adoraba a su mujer. Al cabo de un par de años, un día, recibió la noticia más feliz de su vida: Patricia estaba embarazada. Sin duda este fue un hecho que le llenó de orgullo y que, en buena medida y en el futuro, le haría sufrir como consecuencia de lo que estaba por acontecer.

Cuando el pequeño Andrés nació, mi amigo pidió a su empresa que le concedieran dejar de cubrir la información diaria del equipo que llevaba siguiendo durante los últimos seis años y le concedieran quedarse sólo como coordinador, que le redujeran en la medida de lo posible tener que viajar todos los fines de semana para escribir unas crónicas siempre redactadas con el máximo rigor informativo y que eran delicias y susurros en el alma para muchos de sus amigos y lectores.

Por la profesionalidad demostrada en sus años anteriores, el director decidió aceptar y le nombró redactor jefe, otro puesto intermedio pero de mayor jerarquía. Solo debía rendir cuentas ante el director y el subdirector.

Además de ser el máximo responsable de la sección de fútbol, participaba en las reuniones dando su opinión sobre qué debía publicarse y escribirse en el resto de los deportes y sobre en qué deportes hacer más énfasis para la buena marcha económica y editorial de su empresa.

Con el ascenso siguió entrevistando, aunque cada vez menos. Los pocos reportajes que hacía eran de mayor calidad y con frecuencia ocupaban las páginas centrales del diario. Poco a poco se fue convirtiendo en un referente para los jóvenes ayudantes de redacción que ocupaban el escalafón más humilde dentro del periódico. Le apasionaba escuchar y aprender, en eso era como un novato, pero tenía el cuajo de saber dónde y cómo debía lidiar con cada uno de sus personajes. Cada vez era más respetado, no solo en su empresa sino también en toda su profesión. Conocía a más gente, a más dirigentes, a más deportistas, llevando una progresión

en su carrera más que notoria. Aquella trayectoria no pasaba desapercibida para otros medios que le tentaban con mejores ofertas económicas, siempre rechazadas por una cuestión de fidelidad.

Así pasaron los cuatro años siguientes. Se le veía feliz. Siempre que podía visitaba a su madre y a su hermano Andrés. Se preocupaba de que no les faltara nada. Mantenía un contacto casi diario con Jorge, quien en aquella época trabajaba en Valencia, siendo ya comisario de policía.

Pero la vida de Juan cambió. Lo hizo por tenerme como amigo. Por eso, cuando ustedes lean y oigan cosas del caso de Juan Peiró García, no piensen ni por un solo instante que se trataba de un loco, de un fanático o de un maniaco, era sencillamente una buena persona, cuyo principal error fue ser fiel a sus amigos, en este caso a mí. Y así, en un momento de nuestras vidas, sus buenos sentimientos se tornaron en sus mayores enemigos.

Mi nombre es Roberto Muñoz Abril. De mí no importa saber nada, ni mi profesión, ni mi ascendencia, solo interesa que desde que éramos chavales, Juan Peiró y yo éramos amigos inseparables. En cualquier caso y por darles unas pinceladas sobre mi persona les diré que también era y soy vecino de Madrid, del distrito de Chamberí, concretamente de la calle Blasco de Garay, y que cuando aconteció todo lo que está por averiguar, trabajaba como autónomo en un pequeño negocio unipersonal, suministrando diferentes productos alimenticios a restaurantes de calidad reconocida.

Pues bien, con el paso de los años lo único que sucedió entre nosotros fue que aquella amistad se reforzara y refrendara. Los años convirtieron en sólida coraza de caballero medieval aquel sentimiento de nobleza y lealtad que dos amigos se tienen en todos y cada uno de los momentos de su vida. Ahora, cuando ya no está en este mundo, en esta despiadada sociedad, puedo decir que me enorgullezco de seguir siendo su amigo, su otro hermano, como él me llamaba y me presentaba en muchas ocasiones.

Lo cierto es que Juan dejó muchos hermanos en este mundo, muchos de ellos del todo desconocidos para mí; miles de sus



lectores quedaron petrificados ante su desaparición y lloraron su ausencia. Pero como decía antes, aunque su cuerpo ya no esté entre nosotros, Patricia, su hijo Andrés, su madre, sus hermanos y, al menos, yo, siempre le mantenemos muy presente y le seguimos queriendo.

Yo creo que pese a todo lo que pasó, y que en breve ustedes conocerán, el Todopoderoso Dios también le guardará un sitio entre sus invitados.

Capítulo 2

La enfermedad de Roberto

La historia se pergeñó hará más o menos dos años.

Hacía un par de semanas que me encontraba mal, con continuos dolores de cabeza. En un principio lo achaqué al estrés. Era lo más típico y lo que me decían todos los amigos.

Los dolores lejos de desaparecer seguían avanzando, trotaban y galopaban por el páramo de mi cerebro, siendo cada vez más intensos y los intervalos entre migraña y migraña, más cortos. Justo a las dos semanas de empezar este calvario no tuve más remedio que dejar de trabajar. No me supuso un gran problema. Era mi propio jefe, como solemos decir muchos autónomos. Mi trabajo, de alguna manera, me afectaba exclusivamente a mí. Por eso decidí dejar unos días el negocio e intentar descansar. El padecimiento cada vez era mayor y el sufrimiento poco menos que insoportable. Al final no tuve más remedio que acudir al médico pese a que era muy aprensivo y al principio no tenía ninguna intención de acercarme por el centro de salud.

Fue aquella angustiosa agonía la que me obligó a consultar al doctor Estévez. Tras exponerle mi sintomatología, me dijo que había un germen que estaba muy extendido en las últimas semanas y que había atacado a mucha gente. Al parecer, en aquella época, los dolores de cabeza intensos eran más bien frecuentes entre la población afectada por dicho microbio. El galeno me recetó una serie de medicamentos cuyos efectos debían calmar en parte los

dolores hasta que la bacteria desapareciera. El doctor insistió en que no me preocupara y que siguiera el tratamiento, que en una semana todos los síntomas habrían pasado y ya estaría en perfectas condiciones. Me comentó que de no hallarme mejor en unos días, volviera a acudir a su consulta.

Durante los siguientes cinco días estuve tratándome con las pastillas que me mandó sin encontrar mejoría alguna. No quería acudir a la consulta porque esperaba que el dolor se me pasara, así que como pude agunaté una semana más.

Por aquellos días recibí una llamada de Juanito. Se había enterado de que me encontraba mal, que había dejado de trabajar, cosa que jamás había hecho en mi vida. Por lo que ahora sé, lo primero que hizo nada más enterarse de mi dolencia fue coger el teléfono, marcar mi número y llamarme.

—¿Cómo estás, Roberto?

—Fastidiado. No te quiero preocupar pero llevo ya bastantes días con un dolor de cabeza que no se me quita de ninguna manera.

—¿Has ido al médico?

—Sí, me recetó unas pastillas pero de momento no han dando los efectos que esperaba. Sigo empeorando día a día.

—¿Cuándo vuelves a ver al doctor?

—Mañana tengo que ir a su consulta. Espero que me mande algún otro remedio porque de lo contrario, no sé qué va a pasar.

—Bueno, no estés preocupado, seguro que se te pasa pronto. De todos modos llámame y me cuentas que te ha dicho el médico y cómo te vas encontrando. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedírmela.

—Lo sé —le contesté con la seguridad que así sería.

—El próximo fin de semana no tengo ningún plan así que iré a verte a casa y como ya estarás bien nos tomaremos algo.

—Vale.

—Ya sabes, no dejes de llamarme con cualquier cosa. Descansa y recupérate pronto.

Al día siguiente fui a la consulta del doctor Estévez. Me preguntó cómo me encontraba y le contesté que el tratamiento no había tenido el más mínimo efecto sobre mi estado de salud, incluso que me encontraba más débil. Le indiqué que se me estaba quitando el apetito y que cada día comía menos. Me preguntó cuánto pesaba y le respondí que alrededor de unos 95 kilos. Entonces me dijo que me descalzara y me subiera a la báscula que se encontraba en un costado de la sala. Así lo hice. Nuestra sorpresa fue comprobar que sólo marcaba 89 kilos. En menos de un mes había perdido seis kilos y eso no era normal.

El doctor me recomendó realizar una serie de pruebas. En primer lugar me pidió unos análisis y unas placas de la columna cervical, pensando que por estar muchas horas delante del ordenador podía tener algún pinzamiento en las vértebras del cuello que me estuviera produciendo los dolores de cabeza y que fruto de ellos tuviera aquella tremenda inanición. Me aconsejó que siguiera sin ir a trabajar e intentara comer aunque no tuviera mucho apetito.

Al día siguiente y en ayunas me acerqué al laboratorio del centro de salud a hacerme los análisis. Como el doctor los había pedido de urgencia me dijeron que en dos días podría pasar a recogerlos, justo cuando debían hacerme las radiografías del cuello.

Durante esos días Juan me llamó varias veces desde la redacción de su diario. Estaba preocupado por mi estado y decidió adelantar la visita. Era un miércoles cuando pasadas las doce de la noche sonó el telefonillo. Le abrí la puerta y lo primero que hizo fue cogerme la cara entre sus grandes manos y darme un beso en la frente, a la par que me cacheteaba las mejillas.

—¿Cómo estás, Robertito? —me preguntó nada más verme.

—Jodido. No mejoro. Esta mañana me han hecho los análisis y pasado me hacen unas placas del cuello para ver si es un problema de cervicales.

—¿Cuándo te dan los resultados de los análisis?

—Estarán también el viernes. Esa misma mañana tengo que volver a ver al médico.

—Te encuentro más flaco.

—Sí, he perdido seis kilos desde que empecé a encontrarme mal —le dije.

—¡Seis kilos!, ¿y eso? —exclamó con cara de sorpresa.

—Poco a poco he ido perdiendo las ganas de comer. Lo único que quiero es dormir. Me encuentro muy cansado y con los dolores de cabeza no pego ojo.

—Vamos a hacer una cosa —me indicó con ímpetu— el viernes libro y no tengo que ir al periódico, así que dime a qué hora quedamos y te acompaño al médico.

—No hace falta, Juanito —le insinué.

—No hará falta pero quiero hacerlo, así que no me toques los cojones y hazme caso. Además me quedaré más tranquilo oyendo al doctor. Ten en cuenta que estando en tus condiciones es muy posible que no te enteres muy bien de lo que te diga.

—Gracias. Anda, vete con tu mujer e hijo que ya te estarán echando de menos.

—Tranquilo. Le dije a Patricia que me acercaría a verte, así que cuando llegue ya estará dormida.

—En cualquier caso vete, que no quiero que se preocupen por nada.

—Bueno, el viernes a las 8,30 me paso por aquí y ya sabes, si necesitas cualquier cosa no dudes en llamarme, que los solterones cómo tú necesitáis que alguien os cuide —me dijo al despedirse con cara de preocupación.

Al día siguiente sonó el teléfono. Era Patricia. Llamó para preguntarme cómo me encontraba. Me dijo que había encontrado muy preocupado a Juan cuando llegó esa noche. Yo intenté tranquilizarla, cosa que creo que conseguí, puesto que en esos momentos vivía un rato de tranquilidad. Las migrañas de vez en cuando me daban ciertos momentos de tregua y ese era uno de ellos. Los caballos que golpeaban con sus duros cascos las neuronas de mi cerebro, de vez en cuando paraban a comer o a dormir y me permitían instantes de cierto alivio.

Quando eran las dos y media de la tarde, llamaron a la puerta. Era uno de esos mensajeros que reparten pizzas a domicilio. Juan había encargado una gigante de cuatro quesos para que no tuviera que ponerme a cocinar. Como no podía ser de otra manera ya la había pagado. Sabía muy bien lo que me gustaban ese tipo de comidas. Media hora después, justo dos minutos antes de las tres, me llamó al teléfono.

—¿Qué tal, Robertito? ¿Cómo estaba la pizza?

—Jajajaja. Muy buena, me la estoy comiendo ahora —estaba mintiendo, las jaquecas habían vuelto a florecer en mi despoblada cabeza y apenas conseguía hablar. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no preocupar a mi amigo.

—¿De cuatro quesos, eh?

—Sí, ya veo que estás en todo. Las que nos habremos comido antes de que decidieras sentar la cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

—A ratos. Ahora un poquito mejor —volví a ocultar la verdad.

—Mañana me paso por tu casa. No te vayas a ir antes de que llegue, mariquita.

—Tranquilo, te estaré esperando.

—Hasta mañana, Rober.

Justo a las ocho y media Juan Peiró García tocaba el telefonillo.

Desde la última vez que habíamos hablado, en la que supuestamente me había comido la pizza cuatro quesos, los dolores habían sido especialmente crueles, hasta el punto de que para librarme de ellos se me ocurrió emborracharme. Debí estarlo y bastante a tenor del espectáculo que se encontró Juan cuando entró.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Con quién has estado? —me dijo, medio alucinando.

—Nada, es que estuve tomando unas copas y se me debió subir a la cabeza. ¡Menuda trompa me he debido coger!

—¡Pero si tú no bebes! —señaló con tono de extrañeza.

—Ya, pero como me dolía tanto la cabeza decidí hacerlo para ver si se me pasaba. Parece que lo que al final sucedió fue que me

agarré una moña descomunal porque no recuerdo haber dejado la habitación patas arriba.

—Venga, vamos al médico. Anda amigo, termina de arreglarte.

Entre en mi habitación, cogí una corbata y a continuación fui al cuarto de baño para asearme y marchar con Juan. Entretanto mi amigo descubrió la pizza completamente intacta.

—Estoy preocupado —me dijo mirándome seriamente a los ojos—. Ayer me dijiste que te estabas comiendo la pizza y acabo de comprobar que no la has probado. No sé qué cojones está pasando con tus dolores de cabeza, pero no me gustan nada en absoluto.

—Me encontraba bastante jodido, no tenía hambre y te dije que me la estaba comiendo para que no te preocuparas, ya tienes bastante con ayudar a los tuyos. Por cierto, ¿cómo está tu hermano Andrés? —le pregunté intentando variar de tema.

—No cambies de conversación y, por favor, no me vuelvas a mentir. Tío, si te encuentras mal me lo dices y punto; ¡mira que engañarme con lo de la maldita pizza! No juguemos con la salud y vámonos de una puñetera vez al médico. Y para que lo sepas, mi hermano y mi madre se encuentran bien, me han preguntado por ti y me han dicho que te de recuerdos. Desean verte en plena forma lo antes posible. Ya sabes, no me vuelvas a mentir y no me toques los cojones con estas gilipolleces de no preocuparme.

Bajamos a la calle; tenía el coche aparcado en doble fila, justo a la altura de la puerta de mi casa. Cuando entramos en el vehículo me dijo que me echara el asiento para atrás, que me pusiera cómodo. Así lo hice. Durante el trayecto, en el que pasaron unos veinte minutos, Juan pudo comprobar mi padecer a través de los gestos y las muecas que ponía. Aunque lo intenté, no pude contener el dolor.

—Te veo hecho papilla —me indicó, rompiendo un silencio preocupante.

—Esperemos que con los resultados de los análisis y las radiografías el doctor acierte con el tratamiento definitivo —le respondí.

—Te voy a hacer una proposición que quiero que aceptes, porque de lo contrario me voy a cabrear contigo.

—¿Cuál?

—Hasta que estés mejor te vas a venir a casa; necesitas a alguien que te cuide y ya lo he hablado con Patri. Ella estará encantada de tenerte unos días entre nosotros; ya sabes que te quiere mucho y además tu ahijado estará deseando verte y disfrutar de unos días contigo —refiriéndose a su hijo.

—No me jodas, no quiero causaros problemas. Además no sé si sabría adaptarme a vuestros horarios y costumbres —le contesté titubeando.

—No digas gilipolleces; si no vienes a casa tendremos que estar todos los días pasándonos por aquí para ver si estás bien, si has comido o si te falta algo, y comprenderás que esto es más incómodo para todos. Así que con lo que nos diga el médico nos acercamos a tu casa, cogemos algo de ropa y te instalas unos días en la mía. Y no quiero hablar más de este asunto.

—Eres un dictador —cuando Juan se empeñaba en algo porque pensaba que tenía razón, no había forma humana de hacerle cambiar de opinión.

—A veces no queda otra, ya está todo dicho.

Pese a que le insistí un par de veces más en que se estaba equivocando, Juan no dejó de decirme que la decisión estaba tomada. ¡Menudo cabezón era! Y así llegamos al hospital. Aparcó el coche y nos acercamos a la sala de radiología para realizarme las placas del cuello que momentos después entregaríamos. Durante los diez minutos que esperamos no hablamos de nada. Juan jugaba con el llavero de su coche pasándolo de una mano a otra. No decía nada pero no paraba un solo segundo; se le notaba nervioso. Yo también lo estaba. Más que nervios lo que tenía era miedo. Estaba muy asustado; en mi fuero interno sabía que las cosas no iban demasiado bien y que nada bueno me iba a decir el doctor Estévez.

Me llamaron para hacerme las radiografías. Fue cuestión de un par de minutos. Luego, unos diez más esperando para que nos

dieran las mismas. Anteriormente habíamos acudido al centro de salud para recoger los análisis.

Como nos sobraba más de media hora sobre la que estaba fijada para que me reconociera el galeno, decidimos tomarnos un café, también compramos el periódico. Juan le dio un repaso para comprobar que todo el trabajo del día anterior había sido plasmado correctamente. Estuvimos comentando un par de noticias de fútbol y hablando de la jornada que empezaba esa misma noche. Él era del equipo más emblemático de Barcelona, yo del más representativo de Madrid. Siempre estábamos picados por la rivalidad de nuestros clubes.

Una vez concluido el café nos dirigimos a la sala de espera. A los veinte minutos salió la enfermera pronunciando mi nombre. Nos levantamos y antes de que la auxiliar sanitaria dijera nada, Juan se apresuró a espetar:

—Es mi hermano, imagino que no importará que entre con él.

La enfermera no puso ninguna objeción, así que entramos a la consulta. El doctor se encontraba sentado, Juan y yo hicimos lo propio al tiempo que le saludamos. Nos acomodamos en las dos sillas al otro lado de su mesa, esperando que nos dijera algo.

—¿Cómo va? —fueron sus primeras palabras.

—La verdad es que no muy bien. Cada día me encuentro más cansado, los dolores no disminuyen y además he perdido casi por completo las ganas de comer. Seguro que he vuelto a adelgazar.

—¿Has traído las pruebas?

—Sí, las tiene mí amigo —Juan extendió su mano y le dio tanto las placas como los análisis.

El galeno observó atentamente los análisis. A mi juicio tardó más de lo normal hasta que los apartó de su vista. Me pareció ver una expresión de preocupación en su rostro. Después se levantó, colocó las radiografías en una lámpara acondicionada para su mejor visión, encendió los fluorescentes y las observó. No tardó mucho y volvió a sentarse.

—Le voy a ser sincero Roberto. No me gustan nada los resultados de la analítica. Se ve claramente que algo le pasa. La cantidad

de leucocitos es exagerada y esto sólo puede estar motivado por alguna infección importante. Creo que lo mejor es que vaya a un neurólogo y le manden unas pruebas más específicas.

—¿Qué piensa que puede ser? —preguntó Juanito.

—Prefiero no ofrecer ningún tipo de valoración hasta no tener los resultados de pruebas más fehacientes.

—¿Me recomienda a alguien? —le indiqué con voz temblorosa.

—El doctor Manuel Navas es muy buen amigo mío y además es un extraordinario especialista en neurología que trabaja con un magnífico equipo de neurocirujanos. Le voy a llamar para que te atienda lo antes posible. En la parte de atrás del volante te apunto el teléfono de su secretaria y el mío por si necesitas algo. Ahora pides consulta con él y luego por la tarde le vuelves a llamar, para entonces espero haber hablado con él y seguro que te adelantarán la cita.

—Me está asustando. ¿Por qué me habla de un equipo de neurocirujanos? —le dije totalmente acojonado.

—No te preocupes por esto. Es normal que los especialistas en neurología estén en consonancia con neurocirujanos, pero te repito que no hay que pensar en nada hasta que no te hagan más pruebas. Toma este volante, pide cita y ya te llaman para adelantarla. Hasta entonces quiero que te tomes una de estas pastillas justo después de cada comida. Y media hora antes de acostarte te tomas esta otra para que puedas conciliar el sueño.

—Vale doctor, gracias por todo. Si no le importa le iré contando los resultados para que me dé su opinión; mi familia siempre confió en usted.

—Por descontado. Quiero que sepas que voy a estar informado por el doctor Navas, pero puedes llamarme siempre que quieras. Ya te he apuntado mi móvil. Llámame si te encuentras peor —me dijo extendiendo su mano.

—Gracias —le respondí.

—Buenos días —contestó mientras nos levantábamos y salíamos de su despacho.

Entretanto Juan había cogido los análisis y las radiografías. Después de despedirnos de Ignacio Estévez y una vez salimos de la consulta mi entrañable Juanito comenzó a hablar.

—Vamos a pedir cita y luego nos acercamos a tu piso a por ropa. Ya verás que pronto se solucionan las cosas.

—Vale —no hacía falta hablar nada más como para comprender que el bueno de Juan estaba también preocupado.

Durante un rato no supimos qué decir, así que el viaje de regreso a casa fue muy silencioso; apenas hablamos. Precisamente eso es lo que más apreciaba de Juanito; sabía estar callado cuando debía y hablar en el momento preciso para darme ánimos y que no me derrumbara.

Al llegar se rompió el silencio.

—¿Dónde tienes el libro de tu sociedad médica? —me preguntó.

—Está en el segundo estante de la derecha del mueble del salón.

Miró en la balda y allí estaba el folleto. Buscó en la sección de neurología al doctor Manuel Navas y apuntó el teléfono. Entonces le dije:

—¿Estás tonto?

—¿Por qué dices eso? —me replicó extrañado.

—¿Para qué quieres el libro si ya tenemos el teléfono en el volante? Ignacio Estévez nos lo ha escrito antes de irnos.

—Tienes razón, no me he dado cuenta —Juan cogió el teléfono y marcó el número que figuraba en el talón. Saltó el contestador automático. Tras unos cuantos intentos pudimos concertar la cita para el siguiente miércoles a las diez y media de la mañana.

—Mañana mismo pondré el cuadrante de libranzas de la sección y me lo cogeré libre para poder ir contigo —comentó nada más saber cuándo me atenderían.

—Si no puedes no pasa nada —le dije.

—Tranquilo que no hay ningún problema —me respondió.

Empezamos a recoger la ropa. Además de la que llevaba en esos momentos, echamos a la maleta media docena de camisas,

tres pantalones, un par de zapatos, unas zapatillas de casa, suficiente ropa interior, el cargador del teléfono móvil, material de aseo, una pequeña radio y mi ordenador portátil. Vaciamos la nevera, cogiendo en otra bolsa lo que pudiera servir. Lo demás lo introducimos en la de basura, cerramos el agua, el gas y la luz. Juan bajó los desechos al sótano y los dejó en uno de los contenedores. Cuando volvió a subir, cogió la maleta con la ropa y la bolsa con la comida útil. Cerramos la puerta y pusimos marcha a su domicilio.

Los dolores marcaban su ritmo, constantes como el pedaleo cadencioso de un ciclista que cansado y desfallecido sabe que la meta está en lo más alto y debe llegar a la cima para poder descansar. Como me encontraba prácticamente sedado los aguantaba algo mejor. Se podría decir que de no ser por los analgésicos hubiera sido imposible soportarlos. Francamente, me encontraba extenuado.

Quiero hacer un inciso solo para decir que gracias a la hospitalidad de Juan y Patricia he podido llegar hasta hoy, de lo contrario hubiera muerto.

Pues bien, durante el camino hacia su casa todo fue silencio. Juan vivía en un pequeño chalet a las afueras de la ciudad. Su trabajo era intenso en el periódico, así que decidió comprarse una vivienda unifamiliar antes de casarse con Patricia para estar un poco más aislado del mundanal ruido de la capital. Además, también se encargó de vender la casa de su madre, y comprarle otro pequeño adosado en la misma urbanización que la suya, con el fin de tener cerca a su hermano Andrés.

Cuando llegamos a la casa, Patricia había preparado la habitación donde me hospedaría. Al verla le di dos besos mientras le preguntaba por el pequeño Andresito. Me dijo que estaba dormido, que se estaba echando la siesta y que esperaba que yo hiciera lo propio.

Durante aquellos días todo fueron atenciones por parte de Patricia y de toda su progenie. Además, el estar con Andresito, hasta cierto punto, me vino muy bien, ya que a él le gustaba jugar conmigo y así me entretenía.

Llegó el miércoles. Nos levantamos a eso de las siete y media. Juan desayunó, yo estaba sin apetito y preferí dejarlo para media mañana. Teníamos cita a las diez y media pero *mi hermano* quería acercarse antes a ver a un directivo de la Federación Portuguesa de Fútbol que venía a Madrid para oficializar un partido amistoso entre el combinado luso y el nuestro, que debería disputarse como homenaje a una recién creada Asociación de Futbolistas Ibéricos.

Montamos en su coche y nos acercamos al aeropuerto de Barajas para que pudiera departir con el señor Gomes sobre la entrevista que le haría al día siguiente en la redacción de su diario.

A eso de las nueve y diez de la mañana, mi amigo había solucionado sus asuntos y nos pusimos camino del Hospital Norte. Como era costumbre en ambos, llegamos con tiempo de sobra. Juan quiso tomarse otro café. Yo le miraba y me preguntaba para dentro cómo después de tantos años de amistad podía seguir siendo tan amable y no me mandaba más a menudo al carajo. Tras el café, salió a fumarse un cigarro. Normalmente nunca fumaba hasta llevar un buen rato en la redacción del periódico, pero ese día no aguantaba más. Otra vez se encontraba nervioso.

Después del pitillo subimos a la consulta del doctor Navas. Nada más decirle a la enfermera que era yo quien estaba, el galeno me llamó al terminar de atender al paciente anterior. Juan entró conmigo.

—Buenos días —nos saludó.

—Buenos días, doctor —respondimos al unísono.

—Así que te manda mi buen amigo Ignacio Estévez.

—Sí —afirmé también con mi cabeza.

—Veamos pues esos análisis, aunque Ignacio ya me ha dicho algo.

El doctor Navas los miró detenidamente sin mediar palabra. Fueron solo un par de minutos pero parecieron muchos más. El silencio se apoderó de aquella alcoba y de todos los que nos encontrábamos en la consulta. La tensión se podía notar. Juan volvía a jugar con el llavero del coche entre sus manos. Yo no sabía qué hacer y bambo-

leaba continuamente las piernas con un interminable movimiento de vaivén. Cualquiera que me hubiera visto pensaría que me estaba orinando. El médico no despegaba su vista de los análisis. Todo era silencio, mudez y tensión. Pasados aquellos minutos, prosiguió.

—Te lo voy a explicar para que lo puedas entender. Por los resultados de esta analítica se aprecia claramente que hay signos de una infección severa. Tienes los leucocitos por las nubes, esto quiere decir que algo dentro de ti no está bien. En cuanto a las radiografías que me traes no son las pruebas que necesito para evaluar qué es lo que tienes.

—¿Entonces? Pregunté alarmado.

—¿Has desayunado o estás en ayunas? —respondió.

—Sigo en ayunas —le contesté.

—Te vamos a repetir la analítica ahora mismo y vamos a realizar unas pruebas más concretas. Tus continuas molestias y tus migrañas nos indican, unido a estos resultados, que pudieras tener algún tipo de problemilla en la cabeza, así que te voy a pedir una resonancia magnética, con carácter urgente, para que nos aclare un poco más las cosas.

—¿Es preocupante? —señaló, Juan.

—El que haya un problema en la cabeza no quiere decir que sea algo que nos deba preocupar antes de tiempo ni que vaya a ser nada malo. Lo que es evidente es que Roberto tiene algo y lo mejor es realizar estas pruebecitas para evaluar con más criterio. Mi consejo es que no nos preocupemos antes de la cuenta, pero que tampoco dejemos pasar más tiempo del debido. Ya os digo que vamos a pedir la resonancia con carácter de urgencia.

—¿Tengo que hacer algo? —agregó Roberto.

—No. Ahora le digo a María que baje a rayos y hable con el Doctor Gonzalo y mire cuando hay un hueco. Id al laboratorio a realizar la analítica y luego volvéis para que os diga lo que sea.

Lo organizaron todo para que al día siguiente me realizaran la prueba, ya que un paciente que estaba citado había llamado, indicando que le era imposible acudir.

—María me ha dicho que mañana mismo el doctor Gonzalo podría realizarte la prueba. Tienes que venir en ayunas de al menos ocho horas.

—Conforme, vendré en ayunas.

—Perfecto. En el sótano uno, nada más salir del ascensor a la derecha seguís el pasillo y en la tercera puerta de la izquierda esperáis a que os llamen. Cuando terminen os pasáis a decirme que ya te lo hicieron.

Y así hicimos. Juan volvió a librar y sin que nos quisiéramos dar cuenta poco después de amanecer me encontraba en ropa interior, tapado solo por un pequeño batín y tumbado en una camilla que se introducía poco a poco por un tubo alargado y grande que cubrió mi cuerpo entero. Sobre mi cara también habían colocado una especie de aparato parecido a una máscara galáctica, repleta de una especie de pequeños tubos fluorescentes.

Durante una media hora y siguiendo los consejos del radiólogo me dediqué a intentar dormir para no sentir en demasía el agobio de encontrarme en un espacio cerrado, sin escapatoria y sin opción de moverme. Salvando las distancias era como si estuviera enterrado en vida. Así que para no pasarlo mal cerré los ojos durante todo el tiempo que duró la prueba y sólo me preocupé de contener la respiración cuando la voz del técnico me lo indicaba.

Aunque intentaba relajarme y permanecía con los ojos cerrados, lo cierto es que mi cabeza no dejaba de dar vueltas al mismo asunto: «¿Qué demonios tendré para que me hayan realizado esta prueba tan rápidamente? ¿Será verdad que el paciente que estaba programado no ha venido? o por el contrario, ¿será que se imaginan algo muy malo y quieren tomar decisiones urgentes?». Estaba seguro de que nada bueno tenía y sólo pensaba en qué me iban a decir tras comprobar lo que aquella prueba revelara.

Entretanto, mi amigo aguardaba en la sala de espera.

Nada más concluir le pregunté al doctor Gonzalo qué había visto. Él, escurrió el bulto.

—Tenemos que analizar los resultados. El doctor Navas ya le dirá lo que sea. Ahora no puedo informarle.

—¿Pero ha visto algo malo?

—Le repito, el doctor Navas le dirá todo lo que necesite saber. Ahora, si me permite, tengo que atender a otro paciente. Buenos días.

—Buenos días.

Me volví a vestir y salí al encuentro de Juan. Allí estaba, nervioso, dando vueltas de un lado a otro del pasillo, junto a la sala de espera.

—¡Ya!

—¿Qué tal ha ido todo?

—No lo sé, es un poco agobiante estar en ese tubo.

—Eso tengo entendido. Conozco bastantes futbolistas que se han hecho pruebas similares y dicen que son claustrofóbicas.

—Y que lo digas, pero bueno ya ha terminado.

—¿Te dan los resultados ahora?

—No, me han dicho que ya se los darán al doctor Navas.

—¿Le has preguntado si han visto algo?

—Sí, pero me ha dicho que ya nos lo contará el doctor Navas, que no podía decirme nada.

—Pues subamos a la consulta y que nos digan lo que sea.

Subimos nuevamente a ver al doctor Navas. Le comentamos a la enfermera lo que me había dicho el doctor Gonzalo y tras consultarlo con el galeno, nos dijo que volviéramos al día siguiente a primera hora, a eso de las nueve de la mañana.

—No ves, mañana puedo venir. Con llegar a las once a la redacción me vale. Los periodistas tenemos la ventaja de que no tenemos que madrugar para ir al curro aunque luego tampoco conocemos a qué hora vamos a salir. De todos modos llamaré a un compañero para que esté un poco antes por si pasa algo. No se hable más, mañana volvemos a ver qué nos dicen.

—Gracias, amigo.

—No tienes que dármelas. Tú harías lo mismo.

De vuelta a su casa Juan empezó a tomarme el pelo con asuntos futbolísticos. Por aquella época su equipo había ganado la Copa de Europa además de la Liga. Era la referencia del fútbol mundial. El modelo a imitar por el resto de los grandes clubes de Europa. Estaba muy crecido y pese a que nadie en su profesión sabía sus preferencias futbolísticas a mí me tomaba el pelo siempre que podía con ese asunto. Pienso que en aquellos momentos su principal intención era entretenerme, consiguiendo que discutiéramos un poco para abstraerme de aquellos terribles dolores de cabeza y de los tenebrosos pensamientos que pudiera tener.

—¿Y dices que tu presi el próximo año va a fichar a los mejores jugadores del mundo? ¿Dime cómo lo vais a hacer?

—¡Joder, ya estás otra vez! —exclamé ante lo que se me venía encima.

—Es que los mejores ya sabes dónde están jugando y como no peguéis otro pelotazo lo vais a tener jodido. Vamos que ni con pelotazo incluido.

—El que tú seas un famoso periodista no va a impedir que el próximo año las cosas vuelvan a su estado natural. Y además, como continúes con estas chorradas te remito al historial de un equipo y otro.

—Cuando no hay argumentos os acabáis remitiendo al Pleistoceno.

—No me hagas reír... Me parece que con esta Champions ya sois los más laureados de Europa. Es verdad tenéis cuatro y nosotros solo nueve. La verdad es que me das envidia.

—¡Anda calla ya insensato! que vuestro palmarés estaba escrito en el BOE antes de que se jugaran las competiciones.

—Ya, lo de siempre.

—No, lo de siempre es lo vuestro. Y eso que no quiero hablar de las famosas bolas calientes que a tu presidente tanto le gustan.

—Tú sí que eres una bola caliente.

Así pasábamos grandes ratos. Era costumbre entre nosotros que cada vez que uno de nuestros equipos perdía, el ganador lla-

mara por teléfono al perdedor y le vacilara un poco. Lo típico entre amigos y colegas seguidores de diferentes clubes. Ojalá todos los aficionados del fútbol hicieran lo que hacíamos nosotros, que jamás mezclábamos política y deporte. Habíamos crecido con los valores de Pierre de Coubertain, alma mater del movimiento olímpico, por lo que el deporte, pese a nuestra rivalidad, era un símbolo de unión.

Nada más llegar a su casa le dije que iba a meterme en la cama ya que estaba muerto de sueño. Lo cierto es que me costaba dormir por las noches. Entre los dolores, la falta de sueño y el consiguiente cansancio, combinados con el hecho de no trabajar, solo conseguían que mi cabeza fuera un hervidero de ideas entorno a mi estado de salud. Como he dicho, todo este mogollón me hacía pasar noches enteras en vela.

—Acuéstate si quieres pero desayuna un poco. Sigues en ayunas y ya te toca hacerlo.

—No me apetece. Luego cuando me levante tomaré algo.

—Por lo menos tómate un vaso de leche, seguro que te sentará bien.

—¡Joder, pareces mi madre!

—Es lo que tiene, si tú no te cuidas, lo tenemos que hacer los demás.

—Vale cabezón, me tomo un vaso de leche y me voy a dormir.

—Menos mal que muy de vez en cuando te dejas regir.

—Hasta luego.

—Adiós.

Por unas cuantas horas pude encontrarme acunado por Morfeo y descansar plácidamente.

Serían las siete de la tarde cuando una terrible migraña me despertó. Debí gritar. No lo recuerdo. Lo cierto es que nada más chillar, Juan entró precipitadamente en la habitación.

—¿Estás bien? —me preguntó altamente asustado.

—¡Me duele mucho! ¡Me duele un huevo! —le respondí con sinceridad amarga.

—Joder con la mierda esta! ¡Ojalá pudiera hacer algo para quitarte los malditos dolores de cabeza! ¡Joder, me siento impotente! Venga, vente al salón conmigo y nos vemos alguna película que tengo en DVD y que no he visto todavía.

—¡No puedo, me duele un huevo!

—Pero Robertito, aquí no te vas a quedar toda la tarde. Venga, haz un esfuerzo y vente a preparar un café calentito.

—De verdad que no puedo.

—¡A tomar por culo, vamos al hospital ahora mismo! —explo-tó, desesperado.

—No, no quiero nada de hospitales —le repliqué con autori-dad.

—Lo siento, ahora mismo te llevo —insistió.

—He dicho que no. Tampoco me toques los cojones como sueles decir.

—¿No ves que no sabemos qué hacer? Allí sabrán.

—Hasta mañana no pienso ir y como sigas insistiendo me voy ahora mismo a mi casa aunque sea arrastras.

—Vale, pero ven conmigo a la cocina —acabó aceptando a re-gaña dientes ante el órdago que le acababa de soltar.

Tras unas cuantas frases más subiditas de tono, encorvado por el dolor como si fuera el mismísimo Jorobado de Notre Dame, pude incorporarme y acompañarle hasta la cocina. Allí comenza-mos a preparar café.

Pero como además de ser un buen amigo era muy listo, Juan había encendido el televisor con DVD incorporado que tenía en la cocina y se había apresurado a poner una película de humor protagonizada por mi cómico favorito. Así, mientras el preparaba la infusión yo estaba sentado viendo una comedia que haría que el dolor se me olvidara por momentos y me enganchara a verla durante la siguiente hora y media.

Una vez terminamos de almorzar, me insistió en que acabáramos de ver la película en el salón. Los dolores continuaban, pero lo cierto es que se hacían algo más llevaderos gracias a aquella idea

y a las risas que me asaltaban, dándome momentos de tregua y haciéndome olvidar el calvario que me atormentaba.

Poco a poco se hizo la hora de cenar. Comí, no sin grandes esfuerzos, una tortilla francesa y unas natillas de chocolate. A continuación me tomé las pastillas que el doctor Estévez me había recetado para poder conciliar el sueño. Poco después le dije a mi amigo que me volvía a la cama.

Se notaba que Juan estaba muy preocupado. Cada día más. Por eso se había cogido otro día libre. No recuerdo que, a excepción de las vacaciones, mi amigo hubiera tenido tres días libres en todo el tiempo que llevaba currando en el diario.

Ni él ni yo decíamos nada pero los dos sabíamos que esa situación traería más consecuencias de las que una mala jaqueca pudiera provocar. Así que decidió no dejarme solo y me pidió que escucháramos juntos un partido por la radio. Cogió un viejo transistor, recuerdo de su abuela, y lo encendió. Nos tragamos todo el partido, hasta que por fin los calmantes hicieron su efecto y pude dormir.

A la mañana siguiente Juan se había levantado antes que yo y al verme entrar en la cocina me dijo:

—Ya que tenemos que ir pronto al hospital se me ocurre que salgamos ahora mismo y desayunemos una vez que hayamos hablado con el doctor. Así, si por cualquier motivo tienen que hacerte alguna prueba más y es necesario que estés en ayunas, pues te la hacen sin problemas —argumentó.

—Bueno, de todas formas no tengo ganas de desayunar, así que cuando quieras nos marchamos —contesté.

—De acuerdo, pero allí te tomas un café y unas tostadas conmigo —insistió.

—Como quieras.

Al llegar al hospital, el doctor Navas ya estaba en su consulta. Apenas tuvimos que esperar para que nos recibiera.

—Pasad a mi despacho, por favor.

Nos sentamos cada uno en una silla. Navas hizo lo propio, justo enfrente de nosotros.

—No son buenas noticias las que tengo. Me gustaría poder decirte otra cosa pero creo que mi deber es no engañarte y decirte toda la verdad.

—Sí, lo prefiero —dije con la voz entrecortada.

—Los resultados de los análisis nos indicaban que tenías algo. Ello, unido a tus continuos dolores de cabeza, alertaron a mi amigo Ignacio. Ahora con la resonancia magnética puedo decirte que tienes una masa en tu cerebro lo suficientemente grande como para que te lo esté comprimiendo. Esto hace que tengas tantas migrañas.

—¿Una masa? —intervino mi querido amigo.

—Eso he dicho. Se trata un tumor. Lo que no sabemos es si tiende a crecer más rápido de lo normal o, por el contrario, lo va a hacer más lentamente. Es algo que deberemos averiguar repitiendo las pruebas en unos días. Por lo que nos cuentas, y por el tipo de tumor que tienes, creemos que está creciendo con cierta celeridad pero no sabemos si va a seguir evolucionando así, cuánto tiempo va a seguir creciendo, se va a detener o a ralentizar.

—¿Tengo cáncer?

—En absoluto, es un tumor benigno. Si lo consiguiéramos extirpar podrías hacer tu vida normal en un tiempo más o menos prudente. Pero el problema reside en dónde lo tienes y lamentablemente está en una zona a la que nosotros no podemos llegar sin causarte gravísimos daños, en muchos casos podrían ser letales.

—¿Qué quiere decir? —intervino Juan—, ¿qué no puede hacer nada por Roberto? ¿Qué se va a morir? ¡Eso es imposible!, ¡no puede ser!, ¡alguna solución tiene que haber!

Un nudo en la garganta. Así podría definirse lo que nos pasaba tanto a Juan, al doctor Navas y a mí. El médico, algo más acostumbrado a este tipo de cosas, no se encontraba nada cómodo con la situación. Yo tragaba saliva como si fuera agua y a mi amigo se le salían los ojos de las órbitas.

—Lamentándolo mucho, no estamos preparados para una intervención de este tipo. De veras que lo siento.

—Entonces, ¿qué hacemos a partir de ahora? —preguntó Juanito.

—Os diré lo que yo haría si tú fueras mi hijo. Iría a Estados Unidos, concretamente a Nueva York, al Hospital del Distrito Federal a ver al doctor Alfred Hopkins que es una eminencia en este tipo de cirugía. Además de ser el mejor profesional, allí cuentan con medios más sofisticados de los que tenemos en España.

—¿Pero no dicen que en nuestro país la sanidad y la medicina están a la cabeza del mundo? —volvió a intervenir Juan.

—Así es. Pero aunque la medicina y la cirugía puedan ser de primer nivel, no significa que podamos ser pioneros en todas y cada una de las especialidades que existen. Ya te digo que es el equipo del doctor Hopkins quien más podría hacer por ayudar a Roberto —aseguró el galeno.

—Y díganos: ¿Cuál es la previsión del tumor? ¿Se va a quedar en su actual estado? ¿Va a seguir creciendo? —Pregunté mirando fijamente al facultativo.

—Ya te he dicho antes que pensamos que ahora está creciendo pero no sabemos si va a seguir haciéndolo, y menos a cuánta velocidad lo va a hacer. Igual se para o igual continua aumentando. Son cosas que no sabemos. Lo que puedo decir es que el tumor está empezando a comprimir una zona del cerebro que está íntimamente ligada al apetito, por eso no tienes hambre últimamente. En mi opinión, aunque el tumor no creciera más, deberíamos tomar algún tipo de decisión para que no sigas adelgazando más de la cuenta y para lo que pueda ocurrir en un futuro más o menos cercano.

—Entonces, si queremos que Roberto se cure no nos queda más remedio que ir a Nueva York —interrumpió, Juan.

—Conozco un par de compañeros que han estado trabajando algún tiempo en el Hospital Federal de Nueva York y que conocen en persona al doctor Hopkins. Esta misma tarde les puedo llamar y ver la posibilidad de que podamos conseguir una cita lo antes posible.

—Doctor, tengo que decirle que soy un simple autónomo, tengo un pequeño negocio que no me da el dinero suficiente como para poder costearme un viaje a Nueva York y menos si me tengo que quedar allí a hacerme pruebas. Sé que la medicina en Estados Unidos es algo que funciona de manera privada y jamás podría permitírmelo.

—No sé qué decirte, Roberto.

—¿No podría el Ministerio de Sanidad darnos algún tipo de subvención para gastos de viaje? —preguntó mi buen amigo.

—La verdad es que es el primer caso en toda mi carrera en el que tengo que decir a uno de mis pacientes que me veo incapaz de poder ayudarlo a solucionar el problema. Imagino que debería haber algún tipo de ayuda pero no sé indicarles ni cómo ni de qué manera conseguirla. Si me entero de algo ya os lo diré y si me autorizáis mañana mismo os llamo por teléfono para facilitaros todos los contactos que podamos tener en América. Mientras tanto intenta hacer vida normal, lo más tranquila posible, sin trabajar y aunque no tengas hambre, obligate a comer.

—Gracias por todo —apostillé, dándole la mano e indicándole que le daba permiso para lo que decidiera, mientras nos levantábamos para dejar la consulta.

Juan miró el reloj e inmediatamente, sin consultarme nada, llamó a un compañero del diario para decirle que seguramente no podría ir a la redacción por un motivo personal muy grave y que se retrasaría un poco. Cuando acabó de hablar me pasó su brazo por mis hombros y me pidió que fuéramos a desayunar.

—Vamos a tomar algo. Aunque se me han quitado las ganas de todo, tenemos que ser y estar fuertes. Ya verás cómo salimos de esta situación. Lo vamos a lograr; esto sólo es la opinión de una persona y debemos informarnos mejor.

Apenas podía articular palabra. Al sentir como Juan apretaba mi hombro con su mano, la congoja se apoderó de mí y, sin poder evitarlo, un par de lágrimas surcaron mis mejillas. A Juan le sucedió

algo parecido, ya que no hacía más que sonarse los mocos. También estaba muy emocionado.

—Anda, siéntate allí, pediré un par de descafeinados con unas tostadas.

Mientras yo me aposentaba observé como mi buen amigo sacaba un pañuelo de su bolsillo y mientras se sonaba, secaba sus ojos.

—Esto es una putada muy grande, pero muy grande. Ahora bien, si ese doctor Hopkins puede curarte descuida que iremos a verle.

—No podemos, no me lo puedo permitir. Con los gastos de mi negocio y del alquiler del piso tengo más que de sobra. Lo sabes bien.

—Si digo que esto lo logramos es que lo logramos, así que no me jodas; ya se me ocurrirá algo. Sólo te voy a pedir una cosa y es que confíes en mí. Tú y yo siempre hemos sido amigos, nos conocemos desde hace muchos años y no tengo la menor intención de que mi hijo no pueda disfrutar de su padrino durante los próximos años, así que, aunque la cosa pinta mal, averiguaremos cómo solucionar este problema. Durante muchos años de amistad siempre has estado a mi lado en los malos momentos y yo quiero estar contigo el día que consigamos vencer esta situación.

—Lo único que te pido es que delante de mí no hables con Patricia de lo que nos han dicho, bastante me fastidia que quieras responsabilizarte de algo que no te corresponde como para tener que ver llorar a tu mujer.

—¡Te repito que no me toques los cojones con esa manera de pensar que tienes! Y tranquilo que no le diré nada a Patricia en tu presencia.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Tengo miedo. Esto es una mierda. Ahora, que por primera vez me empezaba a ir bien, aunque no fuera para tirar cohetes, me sucede esta putada. Justo ahora que la empresa empezaba a ir bien. En fin, ¡qué mala suerte!

—Y te seguirá yendo bien, ya lo verás. Seguirá funcionando cojonudamente.

—No es justo.

—Claro que no lo es, pero lo único que se me ocurre ahora es decirte que no podemos lamentarnos más. Esto es un putadón. Nos han dado una patada en los cojones pero nos tenemos que levantar y seguir. Ahora estamos retorcidos de dolor y no tenemos fuerzas para levantarnos pero lo tenemos que hacer. Así que no más lloros ni más mierdas y nada más. En el momento que nos den los datos de ese doctor norteamericano nos ponemos manos al asunto.

Acabamos de tomar el desayuno y volvimos nuevamente a casa de mi amigo.

—¿Quieres recoger algo más?

—No, no me hace falta nada más.

—¿Tienes el pasaporte en regla?

—Sí, el verano pasado estuve en Marruecos y lo tuve que sacar.

—Vamos a recogerlo.

—Como digas.

Juanito tenía una cabeza absolutamente privilegiada. Estaba acostumbrado a tomar decisiones en un segundo y decisiones que muchas veces eran de calado, trascendentes, importantes. En aquellos momentos era incapaz de imaginar qué estaría pensando. Le notaba concentrado.

Paramos en mi casa. Me pidió que cogiera el pasaporte y todos los papeles de mi empresa. Salvo el pasaporte, el resto de la documentación estaba en mi gestoría.

—Cuando llegemos a casa llamas a tu gestoría y les indicas que tengan preparados todos los papeles de tu negocio. Quiero ver si tienes derecho a algún tipo de subvención. Mejor dicho, les llamas y les dices que a partir de ahora me voy a encargar de hablar en tu nombre y que esta tarde les llamaré a eso de las seis.

—De esto me debería encargar yo.

—Con esa masa que tienes no te vas a enterar de todo lo que

debemos pedir, así que, por favor, déjame que me encargue de este asunto. Y cuando hables con el doctor Navas y te de los datos de Nueva York me llamas al periódico y me cuentas que es lo que te ha dicho. Ahora cuando llegemos a casa te dejo y me voy a trabajar. Si Patricia te pregunta le dices que te tiene que ver otro especialista y no entres en más detalles.

—Como tú digas.

—Así no la preocupamos que es lo que me ha parecido entenderte antes.

—Eso es, mejor no le digo nada.

—Muy bien, pues quedamos en que nada más que te llame Navas, me das un toque y me cuentas lo que te ha dicho.

—Gracias por todo.

—No hay que darlas. Venga, luego hablamos.

